

## **Notas**

### **EN LA MUERTE DE LUCRECIO JARAMILLO VELEZ**

El Consejo Directivo de la Universidad Pontificia Bolivariana,

#### *Considerando:*

- 1) Que en el día de ayer falleció en la capital de la república el Doctor Lucrecio Jaramillo Vélez.
- 2) Que el Doctor Jaramillo Vélez fue un notable egresado y eminente profesor de nuestra Facultad de Derecho y Ciencias Políticas.
- 3) Que en todos los altos cargos que ocupó y desde la cátedra profesoral demostró siempre su apego indeclinable a los valores morales y los principios cristianos que definen la tradición colombiana.
- 4) Que sus obras jurídicas, su quehacer profesional y su trayectoria humana estuvieron siempre determinadas por altísimas y nobles virtudes del espíritu.
- 5) Que sus atributos personales, sus calidades civiles y sus dotes intelectuales hicieron de él un auténtico humanista al servicio de Dios y de la Patria.

#### *Resuelve:*

- 1) Lamentar la temprana desaparición del ilustre colombiano Doctor Lucrecio Jaramillo Vélez.
- 2) Señalar su obra y su vida como testimonio y ejemplo para las juventudes colombianas.
- 3) Copia de esta resolución será entregada al Honorable Consejo de Estado, a la Gobernación del Departamento, a la Universidad de Antioquia y a sus familiares.

Dada en Medellín a los veintiocho días del mes de octubre de mil novecientos setenta y dos.

(Fdo.) *Monseñor Félix Henao Botero*, Rector.

(Fdo.) *Diego Velásquez Noreña*, Secretario General.

## **CARLOS ARANGO HOYOS**

**Por Carlos Aníbal Restrepo**

Ha querido la Universidad Pontificia Bolivariana que en esta semana de celebración de su fundación, se tribute un homenaje de gratitud y admiración a uno de sus fundadores: nuestro maestro el Doctor Carlos Arango Hoyos. Y que para perpetuar su presencia espiritual en este su hogar intelectual, se consagre con su ilustre nombre esta Aula de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, donde fue maestro, en el alto y noble sentido de la voz.

Para hablar de Carlos Arango Hoyos como yo quisiera, tendría que vencer en una lucha desigual con las palabras. Tuve el honor y la suerte de ser su discípulo, y en la oportunidad que la Universidad me brindó de ser su compañero de cátedra, he tratado siempre y así pienso seguir haciéndolo, de continuar la labor iniciada por él como pionero de los estudios jurídico-sociales en Colombia.

La vida, que no suele ofrecer modelos perfectos de virtud, nos otorgó el privilegio de conocer a través de una dilatada convivencia que no esconde defectos ni disimula imperfecciones, a un hombre de espíritu nobilísimo, de bondad sin sombras, de gran inteligencia, pero que tuvo la sabiduría de limitar la órbita de su acción a los dominios que le permitían ser más útil, y en verdad lo fue en grado sumo, con imponderable eficacia y con generosidad total.

El Doctor Arango Hoyos fue adalid del bien y de la justicia, lo que hizo de él un ejemplo de hijo, de hermano, de esposo y padre, de trabajador eficientísimo y de connotado jurista. Desempeñó pulcra y eficazmente varios cargos públicos. Mereció el aprecio de la sociedad, por su claro sentido de jurista, por aquella ponderación y prudencia que tanto brillo dieron a su paso por la magistratura, y por su valiosa tarea universitaria, a la cual se debe en buena parte el auge del Derecho Laboral en nuestro medio.

En esta su Facultad de Derecho fue fecundo su apostolado, que ejerció con sencillez, sabiduría y honestidad ejemplares. Y en su vida profesional no fue menos fecunda su labor: Buscó la verdad jurídica, sin perder de vista que la finalidad suprema del Derecho es la justicia. Para el Doctor Arango Hoyos el ejercicio de su profesión fue "El arte del bien y de la equidad", como lo dijera Ulpiano.

Finalmente, deseo afirmar que el Doctor Carlos Arango Hoyos fue en todos los momentos de su vida un caballero de la justicia, y ésta y su familia la razón de su existencia. Amó a su familia que para él era la paz y la serenidad. A ellos no les legó sino su honestidad y las excelencias de cristiano auténtico.

En este sencillo acto no hemos sido capaces sino de expresar unas transidas voces de elogio. El afecto que a su recuerdo nos liga, es superior a todo: a las formas de expresión, a las manifestaciones vivas del sentimiento.

Al rendir hoy un homenaje a la memoria de Carlos Arango Hoyos, no hacemos sino reavivar una herida espiritual. Ahora la Universidad Pontificia Bolivariana, en un gesto de gallardía sin igual, ha querido que despierte a la débil memoria de los hombres y entrega a la comunidad universitaria esta sencilla pero elocuente placa, que significa con su ilustre nombre esta Aula.

## DON OCTAVIO HARRY

Por Julio Hincapié Santamaría

Desde hace varios años dejé de verlo, de sentirlo en su mirada crítica y solo volví a hablar con él pero por teléfono, quizás en 1970, para pedirle consejo en la orientación de alguien. Su voz conservaba los mismos rasgos penetrantes del tiempo en que lo conocí, como uno de sus discípulos en los primeros años de bachillerato de la Universidad Católica Bolivariana.

Don Octavio Harry fue un ejemplar humano indivisible. Era un todo que no permitía fraccionamiento. Enjuto de carnes y en vocablos. Exacto, sucinto, tan castizo como incisivo, e inclemente y a la vez estimulante. La matemática, el castellano y el griego representaron en él no una erudición vistosa u ofuscante, como sí existe en algunas personas a quienes socialmente les es vedado ignorar siquiera parte del saber en todos los órdenes, sino un compendio de principios profundos, riquísimos y creadores. Su ciencia fue fértil. Por ello, lo que enseñaba, lo enseñaba a la perfección, extraído de las entrañas mismas de su propio conocimiento, aunque muchos de nosotros, sus bachilleres, lo conservemos deficientemente. Y prefiero decir aquello de nosotros, sus bachilleres, porque no obstante el haber recibido instrucción de muchos otros profesores, algunos óptimos, Don Octavio Harry fue de veras un maestro que nos educó.

Sus discípulos de Medellín lo conocimos ya añejo. Siempre nos dió la impresión de haber sido un hombre que desde el principio había estado mucho tiempo en la tierra. Un hombre de larguísima memoria, en las palabras de Nietzsche. Nos llegó desde los Santanderes y nunca se le oía la forma como se arraigó en Antioquia. Pero sin ser de nuestro grupo étnico y hasta cierto punto contrariarlo con su bien intencionada actitud en los juicios, se unió consubstancialmente a él y contribuyó a mejorarlo con el aporte generoso de su inteligencia.

Don Octavio Harry fue una especie de multiplicador bancario, de un banco cultural. Sapiente y muy organizado, distribuyó sin regatear sus principios. El y Don Juan Martínez, su compañero en los primeros años de la Bolivariana, prodigaron enseñanzas a generaciones y generaciones de antioqueños, muchos de los cuales han proseguido su magisterio en la matemática.

Para no pocos era desconcertante y casi agresivo el desinterés económico de Don Octavio Harry. Quizás consideró, con acierto, que enriquecerse como fin, sin límites, sin cesar, para sobrepasar a otros o no permitir que ellos lo excedan, es una forma neurótica de cobrar con rencor a la naturaleza lo que ésta no ha querido otorgar, en algunos aspectos, al ambicioso. Don Octavio Harry tuvo una vida interior multimillonaria y, sin haber adquirido mayores bienes materiales deja, en cambio, un inestimable e inagotable capital cultural y un ejemplo de carácter en los miles de antioqueños a quienes predicó lo que él vivió con cabecidurez, dignidad suma y mente abierta. Fue una de esas personas de "ancha presencia", para usar la delicada unión de palabras con las cuales Fernando González quiso describir a los que están privilegiados con un signo de grandeza vital.

No sé cómo murió Don Octavio Harry, desde el punto de vista fisiológico: Talvez deteriorado en su densa figura, o disminuía su mirada escrutadora. Pero sí supe cómo vivió espiritualmente: En su ley, en su pura ley. Y así lo figuró ante mis hijos, quienes no alcanzan a comprender por qué cuando hablo de Don Octavio Harry, o les muestro la primera edición de sus "Apuntes de Castellano",

## Notas

o les relato la acerbidad de sus juicios, lo hago con unción, como que soy uno de sus más agradecidos y peores bachilleres. Porque Don Octavio Harry seguirá siendo para quienes recibimos no solo sus lecciones en una o en otra de las materias que dictaba, sino de manera principal su constante lección de fe y de dignidad, algo que nunca ha abundado, porque siempre escasean sus ingredientes: un varón ilustre.

---

## LA BOLIVARIANA: UNIVERSIDAD GIGANTE

Por Otto Morales Benítez

En el año de 1936 se fundó la Universidad Bolivariana de Medellín. Impulsaron su creación un grupo de escritores, hombres de letras, gentes de cultura. Todos tocados de un mesianismo social, que, luego, se ha hecho muy evidente en la orientación general de las cátedras. Eran días díscolos en la lucha política. Y la Universidad apareció como una reacción contra la reforma que se hacía de métodos pedagógicos y de actitudes frente a los problemas del país. Por ello —inicialmente— la signaron de confesional, ortodoxa y exigente en su rigor católico y partidista. Todo se fue derrumbando con el paso de los días. Las aulas aparecían aireadas por todo el pensamiento moderno, con un profesorado dinámico en su posición de remozamiento espiritual. La influencia de las encíclicas —con todo lo que ellas presentaban de apertura al estudio del mundo político, social, físico— se acentuaba en enseñanzas que concordaban con los más eruditos expositores de esa época. No podía eludirse la cita de los padres de la Iglesia, pero no era factible olvidar lo que influían sobre el pensamiento contemporáneo Spengler, Carlos Marx o Karl Manhein. De pronto, se advirtió que no era un claustro cerrado a todo viento de renovación.

En el comando intelectual aparecían dos capitanes: Monseñor Sierra y el Padre Henao Botero. El primero era reciedumbre, acento del carácter, personalidad en voces de autoridad. No era el ademán brusco, ni la voz colérica. Apenas la decisión la que inspiraba sus palabras. Y nadie se atrevía a contradecirlas. Tenía tradición universitaria. Antioquia conocía la historia vertical de su conducta, inclusive contrariando mandatos de su jerarquía. Después de aceptar una doctrina, o de compartir una dirección pedagógica, no estaba para complacencias, debilidades, o transacciones. Monseñor Sierra se daba íntegro a su deber. Así lo vimos en el comando de esa fábrica intelectual.

Lo acompañaba la briosa juventud, entonces, del Padre Henao Botero. Este era impulso, júbilo, fuerza desatada. Estaba oteando el porvenir. El otro, Sierra, ya era un poco el comienzo de la serenidad. El Padre Henao Botero —hoy Monseñor— era la inquietud social frente a los problemas contemporáneos. El estaba allí dirigiendo el combate por las reivindicaciones sociales. La dignidad del obrero era su tema y su consigna. Cuando apenas el Derecho del Trabajo iniciaba su independencia científica del Civil, el Padre Henao Botero ya tenía un catálogo de derechos que correspondían a los trabajadores. En esa línea ha influido siempre. Entonces llevó a la Universidad exigencias al empresario frente a los asalariados. Nunca se dirá bastante de su influencia sobre el mundo industrial de Antioquia. Y de la actitud comprensiva que su grupo dirigente ha tenido para adelantarse, muchas veces, a los postulados sociales que luego, en otros

países y en otras regiones de la patria, se han tenido que consagrar con dramáticos combates. El Padre Henao Botero, además, era un orador de palabra amplia, reiterativo en sus juicios, insistente en sus consignas. Pero ¡qué nobleza de dicción y qué riqueza en la adjetivación! A veces a sus discípulos nos fatigaba —lo confesamos como pecado de lesa juventud— su preocupación por incrustarnos, casi a golpes de martillo ideológico, algunas tesis fundamentales para actuar en el universo. Pero más tarde —cuando la vida toma la pista de los juicios de los verdaderos valores— lo hemos encontrado iluminado en su múltiple condición de conductor universitario, de orador caudaloso, de guardián vigilante del porvenir colombiano, de maestro de la bondad para entender todo el ardor juvenil que, en nuevas oleadas, se levanta a su lado en cada nueva generación.

Estos son los dos motores intelectuales visibles de esa gran universidad. Pero detrás, al lado, a la derecha, a la izquierda, está un verdadero batallón de profesores, pensadores, haciendo cada uno una básica tarea de creación. Todos sin preguntar qué les va a entregar la Universidad, sino siguiendo su vocación de lucha y en favor de Colombia. El signo de la patria está presente en quienes allí desembocan a estudiar o a enseñar. Es como el gran mástil que va empujando esa mareada espiritual.

Obedeciendo a esos símbolos, siguiendo el curso de esos sueños culturales, auscultando las voces de esos líderes ha ido progresando el claustro. Hoy está consagrado como la Universidad Pontificia Bolivariana. Monseñor Sierra doblegó su vida sobre un libro, cerrando su parábola vital. El Padre Henao Botero —hoy Monseñor por reconocimiento a sus altos linajes de la mente— sigue al pie del timón, mientras ve aumentar en poder, en autoridad, en influencia, lo que él ayudó a fundar hace 36 años. Todo se ha multiplicado: sus aulas, las carreras que se pueden escoger, los campos de deportes, sus cátedras de apertura hacia lo social. Todo se ha ido engrandeciendo. La Universidad tiene un sitio relevante en la cultura nacional. Sus discípulos, los que de allí salen a compartir la vida ciudadana, tienen un sello de caballerosidad que se advierte en el ademán, en la conducta, en su enseñanza. La Universidad Pontificia Bolivariana ha cumplido, con exceso, con la frase que la consagró al comienzo de su existencia: esta Universidad nació gigante. Y continúa sosteniendo sobre sus hombros parte del gran destino de Antioquia y de Colombia.

---

## **ANTONIO JOSE URIBE, PROCER CIVIL DE LA REPUBLICA**

**Por Samuel Barrientos Restrepo**

En tiempos como el presente, cuando el hombre corre desalado tras la fácil y rápida ganancia y se entrega por entero al placer que la materia brinda, podría pensarse que es inútil y carente de sentido el ceremonial que ofrece hoy la Pontificia Universidad Bolivariana para dar cumplimiento a un acto justiciero del legislador departamental: rendir homenaje, en fecha centenaria, a la memoria de Antonio José Uribe, ciudadano ejemplar, prez y gloria de la antioqueña gente y ornamento de la estirpe colombiana, ilustrando estos muros con su efigie, que será enseñanza de los buenos y prudente admonición de los malvados.

## Notas

Este joven claustro, nacido en época de profundas transformaciones políticas, hundi6 sus raíces, desde la inicial epifanía, en la más pura concepción cat6lica, como que fue gestado por la valerosa ardentía espiritual de la juventud de entonces y por la mente iluminada de un gran arzobispo, que gui6 la grey, desde esta ciudad capital, con pulso firme y erguida entereza de carácter. Mal haría, por tanto, si echase al olvido, por un momento siquiera, los nombres de quienes crearon esta patria, en los albores del pasado siglo, y los de aquellos varones que, con su ciencia y virtud, dieron a Colombia la fisonomía espiritual y jurídica de que hoy se enorgullece.

Aquí se rinde culto a los valores tradicionales, sin que se diga por ello que las anclas universitarias yacen enmohecidas en el pretérito, pues esta casa de la verdad sigue adelante, "cara al sol y la bandera al viento", como en la vieja canción hercica, señalando rumbos nuevos e indicando a la actual generación de cuánto es capaz el hombre que, sin renegar de un pasado glorioso, clava sus pupilas anhelantes en un porvenir preñado de promesas. De donde sea lícito afirmar, copiando a un celebrado pensador, que los jóvenes bolivarianos "vienen quitando el polvo de la tradición para dejarla como cuando estaba viva, virgen, biológica" y que ella ha de representar "una tradición fluyente y diáfana" y, en manera alguna, la que los demás fabricaron "sobre su magnífico río oculto". "Lo que no es tradición es simple plagio", había asegurado Eugenio D'Ors.

El hombre, pasajero por naturaleza, se empeña en alcanzar la permanencia en el tiempo y el espacio, no se resigna a admitir que, cubierto su ciclo biológico, desaparezca lo que creó como continuación suya, o muera lo que edificó para la bienandanza de la posteridad, ni menos acepta aún que, al dejar de ser, todo en él se reduzca a un puñado de polvo inerte, que luego esparce el viento. El cristiano siente que dentro de sí hay algo que permanece, a pesar de no imaginadas mutaciones, y ese algo es el alma inmortal, que busca reposo y residencia en Dios.

Estamos en el presente, pero nuestras bases se afianzan en el pasado.

"Los que hoy vivimos —dijo alguna vez Gonzalo Restrepo Jaramillo— no somos improvisación de un momento histórico sino la resultante de procesos milenarios que fueron madurando con lentitud parecida al juego de las fuerzas geológicas el fruto que hoy ofrecemos al mundo y que es a su vez semilla de futuros acontecimientos".

He aquí, sin entrar en extensas lucubraciones de orden filos6fico, la razón de ser del culto al pasado, de la memoración constante de quienes tomaron la barca para cruzar el oscuro piélago sin orillas, del vínculo que une al hombre de hoy con los que lo precedieron en la lucha, de esa real comunión entre los que se ausentaron y los que siguen regando la semilla sobre el surco. Y tal el motivo que nos congrega hoy para recordar las grandes calidades humanas que distinguieron a Antonio José Uribe e hicieron de él un modelo, éste sí digno de ser copiado por las gentes mozas, renuevo y esperanza de la patria.

El prócer, cuyo retrato tenemos a la vista, fue un jurista excelso, un político sagaz, un abogado sin doblesces, un maestro sin par. Al traerlo a esta sala, no hacemos cosa distinta a afirmar nuestra fe en las virtudes de una raza que se ha hecho noble a golpes de trabajo, de sacrificio y de heroísmo.

*Conocimiento.* — Tuve la feliz oportunidad de conocer a Uribe, en la plenitud de su madurez espiritual. Con caminar pausado y con marcada arrogancia se acercaba al viejo Claustro de Santa Clara de la Universidad Nacional,

al que acudían otros antioqueños ilustres como Cadavid, Zea Uribe y Víctor Cock, se confundía allí con los jóvenes que entonces escuchábamos sus lecciones, para dar, con su consejo, algún alivio a nuestras momentáneas inquietudes y congojas, y subía luego a la cátedra e iniciaba su enseñanza. Exposición clara y simple, al alcance de sus alumnos, y profundos conceptos expuestos en frases de la mayor perfección idiomática concentraban de tal forma la atención de los oyentes en el insuperable profesor, que ninguno quería desprenderse de sus labios o perder el menor movimiento de sus brazos. Bien sabía él que, en ocasiones, las ideas debían acompañarse de la acción, para mostrar la inquietud cuando el derecho está en peligro, para expresar alegría cuando la justicia triunfa, para revelar indignación cuando la virtud se hunde ante la fuerza. Terminada la tarea, venía el comentario agudo del maestro y la risa socarrona del discípulo.

El derecho internacional no tuvo secretos para el Doctor Antonio José Uribe. Conocía de memoria y en todos sus detalles la historia de las relaciones de esta nación con los demás estados. Fruto de su saber fue aquella obra extraordinaria, titulada "Anales Diplomáticos y Consulares de Colombia", que mereció de Funk Brentano, publicista y profesor de la Escuela Libre de Ciencias Políticas de París, este comentario: "es monumento a la vez de ciencia y patriotismo, que despertará la admiración de todos".

Era de verlo y oírlo cuando exponía su concepto sobre la línea que demarcaba el cuerpo físico de la patria, a cuya defensa había consagrado la mayor parte de su producción jurídica. Al abordar el tema dejaba de ser el hombre de serena prudencia para convertirse en el colombiano de encendido patriotismo. Era notoria, entonces, la transformación en su persona: mudábase su rostro, se perdía su mirada, temblaba su voz y, en veces, gotas de limón dorado empañaban el brillo de sus ojos. De la abundancia de aquel corazón brotaban expresiones que decían de su inagotable amor a Colombia y que hacían pensar en la locura que aquejaba al alma ante la sola posibilidad de daño a la integridad intangible de la república. Cuánto diéramos sus discípulos por escuchar nuevamente sus palabras, que eran oración sumisa o diatriba violenta, clamante en medio del silencio.

*Ministro.* — No pasó por alto el Gobierno tan excelsas condiciones. Fue Uribe Ministro de Relaciones Exteriores, Miembro de la Comisión Asesora, individuo de la Corte Permanente de Justicia de La Haya, Embajador en Washington, Lima, Río de Janeiro, etc., posiciones que desempeñó con notorio decoro y marcada inteligencia.

Al noble maestro que inculcó en sus alumnos amor y devoción a este suelo, sedimento de cunas y de tumbas, de rezos y canciones, de triunfos y fracasos y que será mañana el sitio de nuestro final descanso, rindo ahora mi tributo emocionado. Al maestro que, en decir de Monseñor Rafael María Carrasquilla, es "el despertador de la inteligencia, el forjador de voluntades, el preparador de las edades futuras"; que "no tiene acaso la fecundidad de la carne y de la sangre; que no engendra cuerpos, pero posee la facultad del espíritu y engendra patriotas para el tiempo y santos para la eternidad"; que "es el sembrador que cuida de la tierna planta en los primeros meses, dejando que otros recojan la cosecha e hinchen con ella las espaciosas trojes".

Tengo para mí que los discípulos del Doctor Antonio José Uribe, esparcidos hoy por todas las regiones de la patria, aprovecharon sus enseñanzas y siguieron su ejemplo. Continúan ellos —estoy seguro— la defensa del cuerpo físico de Colombia y extienden por doquier el espíritu de paz y de justicia, que pre-

## Notas

dicó el insigne patriota cuya memoria exaltamos. A ellos se debe, en buena parte, este homenaje agradecido a la erguida personalidad del profesor y maestro.

Era Antonio José Uribe jurista por vocación y por la dedicación de su vida al cultivo de aquella virtud, que ordena dar a cada uno lo que le está subordinado para su perfeccionamiento en el campo espiritual y en el terreno material, como fundamento de la paz individual y de la tranquilidad social.

Constitucionalista, desentrañaba las más complejas cuestiones de la Carta Política de la nación, como lo revelan sus exposiciones en el Senado de la República, a donde lo llevó la democracia, y lo pregonan sus escritos admirables.

Como cultivador del derecho privado, dejó a la posteridad obra de ponderadas excelencias, que editó en comunión con Edmond Champeau, quizás el más completo comentario que se haya escrito hasta hoy al Libro 1º del Código Civil, fuera de sesudos estudios sobre minas, servidumbres, etc., que son, aún hoy de obligada consulta para los juristas.

Dominó igualmente las ciencias económicas y el derecho administrativo: atendió a las cuestiones sociales, y en ellas expuso teorías señaladas ahora como conquistas de los tiempos nuevos y que fueron plasmadas entonces en concretas normas legislativas; enseñó historia, retórica y literatura, dando con ello muestra de la vastedad de sus conocimientos humanísticos; buscó, finalmente, como Ministro de Instrucción Pública, soluciones al problema educativo, abriendo escuelas y colegios, a pesar de la tremenda penuria fiscal, que debió soportar, y llevando a ellos a la juventud, que fue luego la constructora de la paz de la República.

Político, en el verdadero sentido de esta voz, el Docotr Uribe se consagró al servicio de la sociedad y dejó ejemplos de desprendimiento.

*Otras posiciones.* — Ocupó distinguidas posiciones parlamentarias y fue presidente de la Cámara de Representantes y del Senado de la República, cuando llegó a tales corporaciones, en nombre y por elección del partido conservador, en cuya directiva figuró por años. Las derechas colombianas señalaron su nombre, en repetidas ocasiones, como digno de figurar en la galería de los primeros magistrados de la nación y dirigir la marcha ordenada del país. Si no alcanzó el merecido galardón, no fue por carencia de méritos y capacidades, que en él eran sobresalientes, sino por culpa de las mil combinaciones que, en el campo político, suelen presentarse y a las cuales se mostró alérgico este noble heredero de las virtudes de su pueblo.

Como abogado, fue Uribe un poderoso auxiliar de jueces y magistrados en la divina tarea de administrar justicia, o sea, de reconocer su derecho a quien lo reclama dignamente. Ni el odio, ni la pasión malsana llegaron a dominarlo en sus relaciones jurídicas con los demás, porque sabía bien que la norma que une y vivifica es la caridad y que la comprensión entre los hombres es el mejor camino para llegar a la felicidad temporal, que es la paz, negación de la guerra, que es, a su turno, desorden del espíritu y quebrantamiento de la materia.

Señor Rector Ilustrísimo:

Antioquia la heroica, la de Córdoba, Girardot y Zea; Antioquia, genitora de libertad, la de Javiera Londoño y José Félix de Restrepo; Antioquia la grande, la de Pedro Justo Berrio y Marceliano Vélez; Antioquia letrada y humanista, la de Marco Fidel Suárez y Antonio José Restrepo, la Antioquia tradicionalista y católica, la de Manuel José Ceyzedo y Tiberio de J. Salazar y Herrera; Antioquia, cultora del derecho, la de Juan Pablo Restrepo, Antonio José Cadavid, Fernando

Vélez y Libardo López; la Antioquia de Carlos E. Restrepo y Pedro Nel Ospina, de Gregorio y Epifanio, de Carrasquilla y Rendón, de Gómez Plata y Manuel José Sierra, de Juan de Dios Aranzazu, Manuel Uribe Angel y José María Martínez Pardo; Antioquia trabajadora, la de Alejandro Echavarría y Rafael Uribe; la Antioquia eterna, en fin, entrega hoy por vuestro conducto, a la Universidad Pontificia Bolivariana, el nombre y la obra de su ilustre hijo, Antonio José Uribe, para que ella los guarde para la posteridad y pregone su ejemplo por los siglos. Así sea.

---

## EL NOVELISTA CATOLICO HEINRICH BOELL, PREMIO "NOBEL 1972" DE LITERATURA

Por Wolfgang Rossan - Traducido por el Pbro. Marco Tulio Zuluaga

Estocolmo. Octubre de 1972. El insigne escritor católico Heinrich Boell, de 55 años, nacido en Colonia, Alemania Occidental, ha sido galardonado con el "Premio Nobel de Literatura 1972". La selección, luego de una difícil y laboriosa confrontación, llegó de manera inesperada, pero no por eso menos merecida.

El comunicado de la Academia Real de Suecia, al anunciar el otorgamiento del codiciado premio —480 mil coronas suecas—, afirma que la obra de Boell, "en la que se funden por modo admirable un fondo de amplia perspectiva de la época y una particular capacidad de caracterización, ha contribuido especialmente a la renovación de la moderna literatura alemana".

El secretario permanente de la Academia Sueca de Literatura, después de hacer el anuncio del nombre del vencedor, dio la siguiente declaración: "No es el milagro alemán más pequeño que después de tantos años de abandono, una nueva generación de escritores, pensadores e investigadores se haya aprestado a cumplir la tarea esencial propia de ellos y de la nación en la vida espiritual de nuestro tiempo. El renacimiento de la literatura alemana, cuyo mejor testimonio es la obra de Heinrich Boell, no es un experimento simplemente formalista. Por el contrario, es un renacimiento después de la aniquilación; es una resurrección, es el resurgimiento de una cultura arruinada por noches de hielo y condenada a la extinción, que vuelve a emitir nuevos acentos para llegar a florecer y a madurar en el lenguaje de todos nosotros. Precisamente, este trabajo era el que Alfredo Nobel quería exaltar cuando creó este premio".

Tal como lo dejan ver los anteriores conceptos, Boell ha sido juzgado por su mensaje total, considerado como una recuperación del hombre de las profundidades de las ruinas morales y sociales contemporáneas, dentro del marco sombrío y dramático del examen de nuestros tiempos. Por manera que la obra de Boell ha sido considerada como que "pertenece a la literatura de las ruinas y de las alienaciones derivadas de la postguerra".

Heinrich Boell es un auténtico católico. Nació de padre alemán católico y de madre irlandesa. Su fe ha sido una experiencia renovada tras la tragedia vivida durante la guerra y después de ella. Se le considera por algunos como un católico de la contestación, no inmune a ciertas actitudes desconcertantes que lo han llevado a polémicas apasionadas. Por ejemplo, se ha negado a pagar los impuestos que el gobierno alemán impone a protestantes, judíos y católicos para subvencionar los respectivos cultos. Con todo y eso, Boell aparece a través de

## Notas

su obra como una persona sinceramente coherente y comprometida en la recuperación religiosa y en la defensa de los valores cristianos del hombre. Incluso, por algunas actitudes políticas, Boell no soporta clasificaciones convencionales. Por este motivo ha disgustado a amigos y enemigos.

Otro gran escritor alemán moderno, Theodor Wiesengrund, ha escrito en loa del nuevo Nobel de Literatura, lo siguiente: "Sin lugar a dudas, Heinrich Boell es uno de los prosistas alemanes de mayor éxito en su generación. Goza ya de fama internacional. Desde sus comienzos en el mundo de las letras, se le consideró como progresista. Es, sobre todo, un católico activo y practicante. Desde los tiempos de Karl Kraus no ha habido un caso semejante entre los escritores alemanes. A la expresión de mi grata admiración por él, quiero añadir el augurio por que las fuerzas que lo han inspirado, puedan protegerlo de los disgustos que su actitud le pueda causar. Y si hay alguno que tenga derecho a ello, ese es precisamente Heinrich Boell".

La noticia del otorgamiento del premio le llegó al ilustre escritor alemán cuando se encontraba en Atenas, poco después de partir de Roma. Al ser interrogado por los periodistas dijo que estaba sorprendido y luego añadió que parte de la suma de dinero que iba a recibir de la fundación Nobel, la devolvería para que fuera puesta a disposición de los escritores que están encarcelados.

Y añadió: "Este premio es una riqueza colosal que pone a girar la cabeza de un hombre pobre como yo". Así se expresaba en la conferencia de prensa que fuera organizada por la Radio Sueca, desde la propia Atenas. Las ondas de la radio nos trajeron su voz profundamente emocionada: "Creía que también esta vez el premio iba a ser otorgado a otra persona. Claro que me siento feliz. Pero ahora pienso en todos los escritores que no han recibido aún o no recibirán jamás este premio por razones que nada tienen que ver con la literatura. No recibo este galardón en mi nombre propio sino en nombre de mi país, de su parte sana, como testimonio de su redención".

El locutor entrevistante le preguntó: "Usted ha sido siempre católico?". Y, ni corto ni perezoso, Boell le respondió: "Sí, mis antepasados emigraron a Colonia desde Inglaterra para huir de las persecuciones. Desde muy joven me matriculé en el movimiento de la juventud católica alemana de Renania. No quería enrolarme en las filas de la juventud hitlerista. Me tocó después hacer toda la campaña de Rusia como soldado de infantería".

Luego el locutor le dijo: "Cuando usted llegó a ser una persona famosa, hubo algunos que se sintieron sorprendidos por haber sorprendido a un escritor tan radical, teniendo en cuenta su marcado apego al catolicismo".

Entonces Boell respondió: "Lo sé muy bien. Esto no me ha sorprendido. Los gazmoños se encuentran también entre los marxistas y entre los neonazistas. No es la idea la que forma únicamente al hombre. Mas es el hombre el que le da significado a las ideas que ha abrazado".

*La obra literaria de Heinrich Boell.* — Desde muchos años atrás Boell era un candidato con fuerte opción al Premio Nobel. Se le tenía como uno de los maestros de la moderna novelística alemana. Los jueces de la Academia Sueca lo escogieron como típico representante de una generación en la que está reflejada la tragedia de la última guerra. Efectivamente, en cada una de las líneas de este escritor sinceramente católico, a veces problemático, campean alternativamente el abandono tormentoso, la amargura heroica y la nostalgia desesperada, características de aquella joven generación que no tuvo jamás la po-

sibilidad de refugiarse en sus propios sueños porque fue lanzada con violencia brutal, en nombre de un mito patriótico que resultó nefasto para la suerte del mundo, a la hoguera infernal de la guerra.

Aparecen después las obras de Heinrich Boell, correspondientes al período que siguió a la guerra. En estas páginas, está estereotipada la sombra oscura de la derrota, con la consiguiente disgregación de las familias. Es una crítica sagaz de la civilización incrédula y disipadora del neocapitalismo alemán. El autor sabe trazar un completo cuadro de valores religiosos, espirituales y sociales, descubriendo nuevas zonas de humanidad, con un lenguaje que alcanza la máxima fuerza de sugestividad, junto a un estilo concreto, como río que brota de un incomparable ritmo interior de vida.

Heinrich Boell nació en Colonia el 21 de diciembre de 1917. Fue el octavo hijo de un carpintero alemán católico, de lejano origen irlandés. Dado que el padre murió en la Gran Guerra, Boell se dedicó a miseros trabajos para calmar el hambre de la familia. Más tarde fue aprendiz de carpintero, vendedor de una librería y luego empleado en la máxima dependencia.

De 1938 a 1945 su vida se vio anulada por la guerra que se lo engulló con todas sus terribles consecuencias. Fue herido cuatro veces en el frente de batalla. Durante su vida militar llegó a ser cabo primero. "Grado bastante sospechoso" —lo diría después en una de sus obras— "pues era el mismo grado que Hitler y Mussolini habían alcanzado durante su servicio militar en la primera guerra mundial".

Peleó en el frente francés y en el de Crimea. Al final cayó prisionero de los americanos. Boell salió trastornado de la guerra. Justamente esta sensación de angustia que lo devoraba en las entrañas, lo impulsó a escribir las primeras obras.

Hizo los primeros ensayos. Cuando todavía no lo esperaba, sus escritos fueron muy bien recibidos por el público. El éxito fue relámpago: había tocado el "punctum dolens" de otras conciencias, de tantas otras vidas trucas por la guerra.

Su primera novela "El tren estuvo puntual", apareció en 1949. En estas páginas se describe la aventura de un joven oficial alemán que viaja al frente ruso, con el continuo presentimiento de la muerte inminente. El motivo subentendido de toda la trágica experiencia es que el hombre, por más que se esfuerce, no logra escaparse del destino. Esta fatalidad y esta soledad del hombre campean también en el segundo libro, aparecido en 1950: "Viandante, si llegas a Spa...". En 1951 aparece "Dónde estabas Adán?", en cuyas páginas Boell afronta el problema religioso del veterano que regresa de una guerra y trata de responder a Dios por sus acciones. Aquí se palpa lo absurdo de la guerra, su inutilidad. Cada página de esta obra es una especie de examen de conciencia en forma directa e indirecta.

La forma en que Boell expresó estas experiencias hizo creer a muchos que estaban frente a un escritor extremista, igual a lo que sucedió a otro escritor del calibre de Remarque cuando publicó en 1929 "Nada nuevo en Occidente".

Vengamos ahora a las obras que han hecho más famoso a Heinrich Boell: "La oveja negra", en 1951. Con ella se ganó el "Premio del Grupo 47", al cual perteneció por algún tiempo. "Y no dijo ni siquiera una palabra", de 1953. Es la historia de un veterano de guerra sin trabajo, que ha perdido el sentido de la comunicatividad y se refugia en una propia soledad; sin embargo, de regreso al hogar, vuelve a encontrar en la casa solariega toda una serie de valores in-

destruibles. Esta obra le mereció a Boell el "Prix de la Tribune de París". En 1954 publica "Casa sin amo", en el que afronta el problema de las viudas de la guerra. En 1955 aparecen "Así fue tarde y día" y "El pan de los días de la infancia", historia de un joven que desprecia el mundo en que vive y que lo ha obligado a ir a la guerra. En 1957 publica "El diario irlandés" y "Billar a las nueve y media", en 1959, en cuyas páginas aparecen los personajes de la Alemania del milagro económico. En 1965 publica "Cuentos humorísticos y satíricos", juntamente con "Opiniones de un payaso", cuya protagonista es un "beat" puro, perteneciente a la nueva generación de los rabiosos. Esta obra le mereció el premio de Italia "Isla de Elba".

El humorismo de Boell no es en el sentido convencional. Es más bien de tipo moralista. Según un gran crítico italiano "Boell, a través de estas obras y mediante la combinación de las situaciones y de las personas paradójicas, pretende hacer entender al lector que jamás el hombre debe ceder a quien pretende hacer de él un medio, una máquina anónima y árida. Este motivo es el que satura buena parte de la producción del laureado autor alemán. Precisamente por la conciencia que tiene de haber sido víctima de una máquina monstruosa, por esta angustia que lo sigue en todas partes, algunos lo han catalogado entre "los poetas de las ruinas" o de "la alineación", según una definición aceptada por él mismo.

Este es, en breves palabras, el novelista que acaba de ser galardonado con el premio Nobel de Literatura 1972. Este es su mensaje, esencialmente cristiano: Que los hombres no vuelvan a caer jamás en el abismo del mal, es decir, en la guerra...

El último mensaje literario de Heinrich Boell es "Foto de grupo con señora", de 1972. En una de las páginas de esta última obra campea la figura de Margret, una prostituta que muere... porque sufre paradójicamente de pudor...

Heinrich no ha perdido la fe en los valores cristianos, ni en el hombre como individuo o como grupo.

---

## EL CENTENARIO DEL MAESTRO LORENZO PEROSI

Por Raffaello Lavagna

Aparte de los más íntimos amigos de Dios, los Santos, no es privilegio de muchos hombres tener por panegirista oficial a una personalidad destinada un día al supremo gobierno de la Iglesia universal. Entre esas contadísimas personas está precisamente Don Lorenzo Perosi, quien fuera conmemorado en la Basílica de San Marcos, en Venecia, por el Cardenal Angel José Roncalli, dos años después designado por el Sacro Colegio para suceder a Pío XII con el nombre de Juan XXIII. Es un hecho insólito y extraordinariamente interesante en cuanto que el perfil perosiano es trazado por el Cardenal Roncalli con rasgos tan profundamente humanos que no podemos menos de evocarlos en estos días cuando se conmemora el primer centenario del nacimiento del insigne genio de la música sagrada.

"Tenía yo 18 años —dice el Cardenal Roncalli— cuando ví en la ciudad de Como, allá por el año de 1899, por primera vez la figura del Maestro Perosi, todavía residente en Venecia y quien a la edad de 17 años era nombrado director

de la Capilla Sixtina. Por esos días se celebraba en la catedral de Como, en colaboración con las autoridades civiles y eclesiásticas, el centenario del descubrimiento de la pila eléctrica de Alejandro Volta. El maestro Perosi había sido invitado para dirigir la ejecución del Oratorio de Navidad, posiblemente la más hermosa creación del juvenil artista. Me acuerdo con precisión de la figura del maestro, tan humilde, tan esquivo. Jamás olvidaré la impresión que me causó la ejecución del "Te Deum" final. Era canto polifónico. En determinado momento, después del majestuoso "Iudex créderis esse venturus", treinta segundos de silencio profundo, y después, en el más puro gregoriano, en coro unánime y devotísimo, el "Te ergo quéssumus tuis famulis subvenil, quos pretioso sanguine redemisti". Luego resonaba el concierto triunfal en canto polifónico hasta el final. Desde ese día para acá han transcurrido 57 años y, sin embargo, aquel intermezzo gregoriano sigue hablando a mi mente hasta llenarme de emoción".

Tras este primer recuerdo, el Cardenal Roncalli nos narra el segundo episodio cuando seminarista de 22 años, se hallaba en Roma. El nuevo encuentro con el Maestro Perosi lo impresionó profundamente por la belleza, la verdad y la bondad de la factura pentagramática. Era una belleza que se servía divinamente de las notas para expresarse, elevando el alma hasta Dios, una verdad hecha de sencillez de temas y motivos, a veces intercambiados con motivos gregorianos, pero que siempre resultaban nuevos, encastrados en el tejido musical con una fuerza conquistadora.

Todo esto lo sentía el joven Roncalli escuchando al Maestro Perosi cuando, arrebatado en una especie de delirio, se hallaba mezclado entre la multitud que se había dado cita en la Basílica de San Pedro para la coronación del nuevo Pontífice, José Sarto, quien tomaría el nombre de Pío X. Justamente al mismo patriarca a quien, años más tarde, Roncalli iba a suceder en la sede de Venecia y finalmente en el supremo pontificado. Oigamos cómo nos cuenta Roncalli sus impresiones:

"Era yo un joven seminarista, diácono por más señas. Me hallaba en la ciudad de Roma en ese año de 1903. Me acuerdo perfectamente de las ceremonias de la coronación del nuevo Papa en la Basílica de San Pedro. Precisamente era el 10 de agosto, fiesta de San Lorenzo. Pío X aparecía con semblante grave y afligido en el momento de entrar en el augustó templo. Sin embargo, concluida la misa pontifical, parecía como si se hubiera operado en él una especie de transfiguración. Al ocupar el podio cerca al altar de la Confesión de San Pedro, lo ví resplandeciente, al igual que Jesús, en la luz de su paternidad universal. Qué momento Dios mío! Qué momento aquel cuando el cardenal diácono, en presencia de la muchedumbre, le colocó la tiara sobre la cabeza. En ese preciso instante la batuta magna del Maestro Perosi atacó para que el coro de la Sixtina iniciara el motete solemne y conmovedor: "Corona aurea super caput auis". Fue una exaltación, un delirio que se apoderó de la multitud para suscitar sentimiento de ternura y de entusiasmo...".

Todo el mundo sabe bien que, al igual que con la música de otros grandes compositores como Monteverdi y Vivaldi, pasados algunos años un manto de olvido cubre la memoria de insignes autores. Uno de los más grandes críticos musicales conocidos hoy día, el Profesor Giulio Confaloniere, me decía estos días al asistir a la ejecución de algunos de los mejores oratorios del genio de Tortona, con ocasión del centenario de su nacimiento: "Menos mal que para volver a descubrir al Maestro Perosi no tuvieron que pasar cuatro siglos como fue el caso con Vivaldi".

La intuición del valor musical de Perosi la encontramos en dos pontífices: Pío X y Juan XXIII. Fue justamente Monseñor Sarto, en ese entonces obispo de Mantua, después patriarca de Venecia y finalmente Sucesor de Pedro con el nombre de Pío X, quien descubrió el genio y el valor del Maestro Perosi. Así lo recordaba el Cardenal Roncalli en la oración fúnebre pronunciada con ocasión de su muerte: "Bastó una mirada viva y silenciosa del Obispo de Mantua sobre el rostro del inteligente chiquillo. Con la mirada de Jesús sobre el Apóstol Andrés "aspexit eum et dilexit eum" (lo miró y lo quiso). Con la protección del Patriarca Sarto, bajo su mirada de proyecciones de largo alcance, el joven Perosi encuentra comprensión y apoyo, hasta el punto de que el patriarca quiso tenerlo viviendo en su propia casa, dentro del marco de la más absoluta sencillez y bajo la solicitud maternal de las dos prudentes y buenas hermanas que daban ambiente tibio de hogar al palacio patriarcal. Así convenía a la preparación de una delicada juventud reservada para un porvenir que, ya desde las luces de la primera aurora, se revelaba singular y prodigiosa".

El Cardenal Roncalli evoca luego la intuición de Pío X que quería hallar un genio musical que pudiera darle un aletazo a la música sagrada, como lo hubiera hecho tiempos atrás el inmortal Palestrina: "La disciplina y la doctrina esperaban su aplicación concreta en creaciones de melodías nuevas, nuevamente inspiradas en los más antiguos y más puros modelos, y en métodos más prácticos para la enseñanza y la organización. El Maestro Perosi había sido hecho justamente para realizar este precioso matrimonio".

"La llamada de Perosi a Roma por el Papa León XIII como Maestro perpetuo de la Capilla Sixtina, el proseguir de su producción musical con otros oratorios y composiciones, los aplausos delirantes que lo acogen en Europa y en América en las diversas representaciones que se repiten sin cesar, el ritmo triunfal de varios años, pusieron fin a su gloria humana aquí abajo. Habida cuenta que él pertenecía a la raza de los elegidos excepcionales, el Señor quiso probarlo con una tribulación prolongada y mortificante para que resaltara mejor en él el triunfo de la gracia divina que custodia a los suyos, los protege, y a su tiempo los exalta en la eternidad. Investigar con respeto la explicación de esta forma de frenada de energías que desoló por varios años su espíritu, sería un estudio delicado e interesante. Pero no indicado para las circunstancias de este momento".

El Cardenal Roncalli se detiene aquí con delicadeza indefinible, como si quisiera extender un velo de pudor y de respeto sobre algunos episodios dolorosos en la vida del maestro, que como "nubes por delante del sol", oscurecieron su alma y volvieron árida su vena musical.

Para concluir, citemos las últimas palabras de esta oración fúnebre, pronunciada con acentos que nos encumbran a las alturas espirituales y que nos traen a la memoria las últimas palabras de Perosi como sello y poema de toda una vida dedicada al arte y a la fe: "Las últimas palabras, susurradas a su espíritu en la hora del retorno a la casa del Señor, son bien apropiadas, como precioso sello y poema de su vida piadosa, humilde y gloriosa: "Te doy gracias, Señor, por haberme hecho cristiano, por haberme hecho sacerdote, por haberme hecho escribir lo que el mundo canta y cantará siempre en tu alabanza".